

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 18

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

VIEJO ES EL VIENTO...

Gustavo Gorriti

En el hidroavión en el que volé con Valentín Paniagua de Iquitos a Requena, en marzo de este año, medité en un momento sobre su extraña relación con la providencia y con el destino. Fue pocos meses antes de su agonía, cuando el entusiasmo de la selva levantó una esperanza que fue en realidad una despedida.

Valentín fue el político a quien encontró la providencia y rechazó el destino. A nadie mejor pudo haber encontrado el Perú en aquellos días inciertos del año 2000, cuando se desplomó la dictadura de gánsters y de espías y hubo que elegir un presidente para desencallar el Estado y desinfectar el país. A nadie mejor rechazó el país cinco años después, en esa campaña corta y confusa en la que terminamos alejándonos de lo óptimo para evitar lo catastrófico.

Antes de llegar a Iquitos, la campaña presidencial de Paniagua había pasado de ser una lucha cuesta arriba a una peregrinación dolorosa cuyas estaciones no se podía evitar ni abreviar. El Presidente que había dejado el poder ejemplarmente ejercido con un 80% de aprobación, convocaba ahora asistencias anémicas, entusiasmos raleados y contribuciones escasas. En medio del lenguaje entre huachafo y cuartelero que dominaba la campaña, el limpio castellano de Paniagua parecía arcaico y hasta indefenso.

Sin embargo, la selva lo cambió. Iquitos lo recibió en triunfo y lo siguió con cariño y admiración. Es que Loreto, a diferencia de buena parte del Perú, ni cambia ni olvida. Recordé cómo todo Iquitos salió el año 2000 a despedir a sus paisanos que embarcaron en la larga ruta que los iba a llevar a la Marcha de los 4 Suyos; y vi que seis años después un gran número salía a expresar su afecto al hombre que representó la libertad conquistada y la decencia recobrada pocos meses después de los días luctuosos de la Marcha.

Ante el calor y el afecto de la gente, Valentín encontró el entusiasmo. Y un día después, en Requena, hizo energía del entusiasmo. En medio del calor húmedo, habló larga y lúcidamente en un mitin al cabo de una larga caravana.

Lo hizo con alegría, pero sobre todo con fuerza. Que remató con la frase que signó ese su desafío final: «¡Viejo es el viento pero sopla todavía!».

Viejo es el viento y viejas serán las memorias. Después de esos días de encuentro recobrado con el pueblo, la candidatura de Paniagua no levantó, pero me parece que dejó de ser un sufrimiento. Como ha sucedido repetidas veces en la historia, un señalado líder de la democracia perdió en las elecciones frente a candidatos de mérito menor.

¿Por qué? Hay momentos en los que a nuestro pueblo le emociona la virtud y otros en los que la única virtud es la emoción. Eso tocó en el proceso electoral de este año y aquello en el año 2000.

He revisado los apuntes del diario que llevé en la campaña del año 2000 y he vuelto a leer las reseñas de las intervenciones de los líderes de la oposición democrática. Aquel —ya lo he escrito— fue un momento de extraordinaria cooperación entre dirigentes y bases de los partidos políticos y los movimientos sociales enfrentados a la dictadura de Montesinos y Fujimori. Luego del retiro de la candidatura de Toledo, esa cooperación se mantuvo pese a la difícilísima situación. Muchos daban por hecha la continuación de Fujimori por otros cinco años y, junto al desfile obscuro de tráfugas, varios buscaron acomodarse por lo bajo. Guardaban las formas de día pero, como diría Carlos Fuentes, salían de noche.

Sin embargo, una masa crítica de dirigentes y organizaciones mantuvo la cohesión. En ese contexto, hubo una reunión especialmente importante el 28 de junio en lo que era el cuartel general de la oposición democrática, en segundo piso del hotel César.

Detrás de la sala de prensa que habíamos armado en mayo, en lo que había sido un restaurante con muebles que recordaban un burdel elegante de la *Belle Époque*, había un cuarto de reuniones que manteníamos razonablemente libre de chuponeo, al que habíamos llamado el «cono del silencio».

Ese día se reunieron representantes de toda la oposición democrática para discutir cuál iba a ser la actitud común ante la representación de la OEA que había llegado para buscar una salida al conflicto.

Habíamos ya discutido, Toledo y sus asesores, la redacción del documento que se les iba a presentar. Había algunos blandos, que estaban dispuestos a negociar y había los duros, que sosteníamos que había llegado el momento de precisamente eso, la dureza. El documento que se puso a la consideración de los representantes de los partidos medianos, pequeños y mínimos representaba, con pocas concesiones de forma, la posición dura.

El debate se armó en medio de sopas humeantes de curanto (un sancochado chileno; que no fue acto fallido sino elección del cocinero). Las sopas

sustanciosas en medio del invierno o el miedo, tienden a poner de acuerdo a la gente, y eso sucedió en este caso. En mis notas, apunté que primero «Andrade reprocha a Toledo, en forma directa y sin ambigüedad, el hablar de ‘mi gente’, ‘mi pueblo’, etcétera, en lugar de utilizar el ‘nuestro’. Toledo acepta la crítica».

Aceptado el paso a la propiedad cooperativa, la discusión entre los representantes de los partidos fue a lo sustantivo y según los apuntes: «Sus puntos de vista son sorprendentemente buenos y coincidentes. No aceptar otra condición de la OEA que elecciones, ser firmes, etcétera. Destacan Paniagua y Loret de Mola».

En las varias reuniones, antes y después de esa, la posición de Valentín Paniagua fue igual: el enfrentamiento decidido a la dictadura. Que una persona de modales corteses, expresión siempre medida y deferencia que bordeaba la timidez, tuviera una posición tan definida y tajante le confería una fuerza adicional, la que dan los principios cuando son meditados, asumidos, arriesgados y vividos.

Ahí desarrollé afecto y admiración por Valentín Paniagua. Lo mismo sucedió con casi todos los demás. Por eso, cuando la oposición democrática hubo de elegir al presidente del Congreso semanas después, Paniagua resultó la elección obvia, y no por ser el mínimo común denominador sino la mejor alternativa.

Los acontecimientos se precipitaron y en medio de la turbulencia de esperanzas, entusiasmos acompañados con los inevitables oportunismos, Valentín Paniagua pasó a Palacio de Gobierno, a ejercer el gobierno sin aviso ni preparación previa.

Se puede observar o criticar aspectos o detalles puntuales de su gestión. Pero ese corto período fue un momento brillante en nuestra República, cuando se respiró la libertad al librarse del lumpenaje que rigió el país; cuando los criminales fueron reemplazados por un Presidente que encarnaba la honestidad y la sencillez; cuando el lenguaje zafio y cínico del fujimorato dio lugar al buen y preciso castellano; pero cuando la modestia, la sencillez y el buen idioma tuvieron la energía, el coraje que ningún otro gobierno tuvo y llevaron a la cárcel a los grandes mafiosos y ladrones como no se hizo ni antes ni después. En sus cortos meses en el poder, Paniagua expresó lo mejor de nuestro ideal republicano, lo que podemos ser y que, por lo menos por corto tiempo, en parte fuimos.

«Viejo es el viento, pero sopla todavía». En el tiempo, las palabras en Requena no aluden a aquellos vigores que antes reforzaba el viborachau y hoy la farmacología; ni tampoco aluden a la energía aeróbica de las campañas. Aluden más bien al viejo anhelo de libertad y de virtud republicana que nació frágil cuando nació la Patria, que ha sufrido y agonizado en nuestra historia, pero que sí, sopla todavía y ruge a veces y tendrá en el ilustre Valentín Paniagua a uno de sus más nobles y señalados ciudadanos.